

CAPITULO LI.

Intrigas de Alberoni.—Medios empleados para imposibilitar los trabajos de la triple alianza.—Armamentos en el puerto de Barcelona.—Rápida conquista de la isla de Sicilia.

Sin descuidarse un momento, procurando por todos los medios el mejor éxito de su empresa y que se cumplieran los fines que de su política se había propuesto obtener, Alberoni continuaba dividiendo las fuerzas que veía con tendencias á unirse en su contra.

El especial carácter que en la corte tenía, le autorizaba á la mejor realización de aquel juego que llevaba y del que se proponía obtener grandes bienes para la nación en que quería ser un Richelieu.

Las dilaciones del Cardenal llegaron á ser entendidas por la Gran Bretaña, que no veía en ellas más que el deseo de ganar tiempo para poder mejor continuar su empresa, y en este convencimiento, cansado ya el Gabinete inglés, despues de manifestar que la expedición llevada á cabo contra Cerdeña y la ocupación de dicha isla por las tropas españolas era una violación del tratado de Utrecht, por el cumplimiento del cual debía velar, determinó armar una escuadra que cruzara el Mediterráneo y protegiera las costas de Italia.

Es la verdad que lo ménos que importaba á Inglaterra era la ocupación que los españoles habían hecho de Cerdeña, ni la falta al cumplimiento de la cláusula en que se acordara la cesión de Sicilia; lo que más cuidado le ponía, y cada día hacia mayores sus recelos, eran los armamentos que en tan grande escala se hacían en España, sin saber el objeto ni el punto á que debían ser dirigidos, siendo esta la principal razón que obligó á Inglaterra para hacer un apresto de fuerzas que impusiera de un modo directo á la corte española.

La resolución tomada por el gobierno inglés dió lugar á una dura y acre nota de nuestro embajador Monteleón, en la que, entre otras cosas, decía: «Los periódicos anuncian cada día que vuestro ministerio no es ya inglés sino alemán, pues se ha vendido bajamente á la corte de Viena, que por medio de intrigas se trata de armar un lazo á esta nación,» y concluía afirmando que en tanto no se conociera á punto fijo el objeto de aquellos armamentos, España no pondría en vigor el tratado de comercio que poco tiempo ántes había firmado con Inglaterra, favoreciendo tanto sus intereses.

No dejaba Alberoni de comprender el perjuicio que ciertamente se le seguiría si Inglaterra y las potencias que con ella constituyeron la triple alianza se le oponían, por lo que, aprovechando todos los medios, siempre intrigante y astuto, arbitró otro recurso del que mucho esperaba.

Quiso el hábil italiano indisponer al rey de Sicilia con el emperador de Austria, para lo que hizo llegar al siciliano condiciones que resultaban ventajosísimas para él, pues en cambio de la cesión de su reino á España se le dejarían los derechos que nuestra nación tenía al Milanesado, procurándole además, para que pudiera apoderarse de él, quince mil hombres y un millón de reales de á ocho.

Estas proposiciones fueron hechas con un sigilo aparente, á fin de hacerle caer en el lazo, pero se tuvo buen cuidado de que el Emperador tuviera conocimiento de ellas, despertando de este modo sus sospechas, pero nada consiguió; bastante perspicaz el rey de Sicilia, Víctor Amadeo, entendió claramente lo que se quería, y no se prestó, ántes bien contestó exigiendo inadmisibles condiciones, que revelaron al mentor del rey de España que aquella vez había errado el golpe.

Víctor Amadeo, aunque permanecía bien ajeno á todas las negociaciones, no desconocía en modo alguno la arriesgada intenciona que sería moverse en un sentido ni en otro, pues aun cuando conocía lo que España podía hacer, tampoco ignoraba la alianza establecida entre Inglaterra, Francia y Austria, alianza muy de temer en aquellos momentos que aunaban sus esfuerzos contra la rápida campaña que las fuerzas españolas habían emprendido con extraordinario vigor.

No cedió Alberoni por esto en su empeño; fiaba mucho en la intriga, poderoso auxiliar de la fuerza en todos tiempos, y continuó procurando enemigos á la amenazadora liga que contra él se había formado.

No le quedó nada por intentar, ni omitió ofrecimientos, prometiendo auxilios en dinero al rey de Sicilia si emprendía una guerra que fuera causa de que el emperador de Austria tuviera que dividir las fuerzas con que contaba, procurando impedir de esta manera que contra él se dirigiera el ménos número. Con el mismo fin y al mismo tiempo trataba con el agente del rey de Polonia, en Venecia; entabló correspondencia con Rugotki, soberano destronado de Transilvania; agitaba las parcialidades formadas en Francia contra el regente, procurando que cada vez aumentara más el número de los descontentos; se aprovechó de las discordias civiles que aún subsistían en Inglaterra con motivo de la sucesión al trono, y para que nada le quedara que hacer excitaba los celos y envidias de los holandeses, punzándolos en sus instintos comerciales, procurando que cedieran en su favor á cambio de un tratado de comercio que les garantizara los mismos beneficios que gozaban los ingleses.

De estas gestiones unas fueron infructuosas por no tener más

remedio que serlo, dados los escasos medios con que contaban aquellos á quienes se había dirigido, otras fueron ineficaces, pues se estrellaron con las que se les oponía ó con el deseo de contrarrestar sus esfuerzos, superior con mucho á las pasiones que había tratado de enardecer.

Mas no por esto se desanimó Alberoni; continuó sus preparativos con más actividad que nunca, y fiando tanto de aquella habilidad con que contaba como de aquella fortuna que tanto le favorecía, mandó que el 18 de junio de 1718 se diera á la vela la escuadra que tenía dispuesta en el puerto de Barcelona, compuesta de veintidos navios de línea, tres mercantes armados de guerra, cuatro galeras, dos balandras, un galote y trescientos cuarenta barcos de transporte.

A bordo de estos buques, y mandados por el marqués de Lede, iban treinta mil hombres, siendo de ellos cuatro regimientos de dragones y ocho batallones de guardias españolas y walonas, gente que, como un escritor de aquellos tiempos decía, de cada soldado podía sacarse un oficial.

Hablando de la escuadra en general, dice William Coxe en su obra *España bajo el reinado de la casa de Borbon*: «Nunca se ha visto escuadra más bien abastecida; no faltaba la más pequeña cosa, y escarmentado de lo que en Cerdeña había sucedido, llevaban ciento cincuenta mil faginas y quinientos mil piquetes para trincheras; se pusieron víveres para todo este armamento, que podían cómodamente durar cuatro meses.»

Refiriéndose á este mismo punto, dice otro historiador: «Las grandes potencias de Europa vieron con sorpresa que España, como el león, emblema de sus armas, despertaba tras un siglo de letargo, desplegando un vigor y una firmeza dignos de los más brillantes tiempos de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra como la que acababa de terminar el tratado de Utrecht.»

Todos los preparativos de la expedición habían estado al cuidado del intendente general de mar y tierra D. José Patiño, hombre que merecía la absoluta confianza de Alberoni, que le había dado plena autoridad, hasta el punto de hacerles saber á todos los jefes de la expedición que debían obedecerle en todo de órden del Rey.

Tal era el sigilo de Alberoni, tal el cuidado de ocultar sus ulteriores planes, que ni aun los que habían sido embarcados sabían adónde habían de dirigirse ni con qué objeto: las instrucciones iban en pliegos cerrados, con prohibición de ser abiertos hasta despues de hallarse en alta mar, y sucesivamente cada uno de ellos en lugares y días determinados, al objeto de evitar que ni la imprudencia ni la infidelidad pudiesen hacer fracasar el proyecto.

El primero de ellos se abrió en Cerdeña, pues hasta este punto era conocido el itinerario cuando zarparon de Barcelona, y en el reino conquistado se les agregó el general Armendariz con las fuerzas que mandaba, y así, reunido ya todo el ejército, siguieron hasta Sicilia, deteniéndose en el cabo de Salento, adonde llegaron sin ningún contratiempo el 1.º de julio de 1718, desembarcando las tropas.

Abrióse otro pliego en aquel punto y resultó nombrado capitán general de las fuerzas y virey de Sicilia el marqués de Lede. Despues de dos días de estancia en aquel punto continuó la expedición sobre Palermo, ciudad gobernada por el caballero de Maffei, el cual, despues de dejar una regular guarnición en el castillo, se retiró á Siracusa. Un número considerable de nobles sicilianos acudió á presentarse al marqués de Lede, y poco despues los diputados de la ciudad se presentaron ofreciéndola al rey de España, con la sola condicion de que respetara sus privilegios. Conformes con esta exigencia, natural y justa, aceptaron el virey que el gobierno español nombrara, y las fuerzas á su mando penetraron en la ciudad, batieron el castillo y el 13 de julio se rindió á discreción, quedando asegurada de esta manera una población importante sin grandes trabajos ni pérdidas.

Considerada ya ésta como cuartel general, se dirigieron fuerzas contra otras ciudades y plazas de la isla, tomándose con facilidad á Castellamare; cuando se bloqueaba á Trapani las milicias de la ciudad se unieron á las fuerzas españolas, y ellas coadyuvaron al rápido éxito de aquel sitio, matando despues á los piamonteses que formaban la guarnición.

En Catena, donde también la guarnición era piamontesa, fué hecha prisionera por los habitantes, que de buen grado se sometieron al gobierno del rey de España, y en Mesina el pueblo combatió á los que querían oponerse á la entrada de las fuerzas invasoras; Termini y su castillo se rindieron sin oponer la menor resistencia, y por último, Siracusa, donde se había retirado Maffei, fué ocupada por el marqués de Villa-Alegre tan pronto como éste la abandonó.

Adquirido este éxito por tierra, D. Baltasar de Guevara acosó de tal modo á las galeras sicilianas, que las obligó á refugiarse en Malta, á cuyo gran maestre fueron pedidas, mas éste se negó á tal demanda, contestando que aquel era un país neutral y que ningún poder tenía para erigirse juez en las cuestiones de los reyes.



DERROTA DE LA ARMADA ESPAÑOLA EN EL GOLFO DE MOICH.

CAPITULO LII.

La escuadra inglesa en las aguas de Siracusa.—Protegen los ingleses el paso de las tropas alemanas.—Batalla naval en el golfo de Aroich.—Proposiciones de la triple alianza.—Obstinacion y dureza de Alberoni.

Bajo más felices auspicios que aquélla, difícilmente se habría principiado campaña alguna; parecía que la ciega y caprichosa fortuna favorecía por completo una expedición, primer acto político de un hombre ambicioso, condicion que su talento disculpa, y que de ella esperaba crédito para afirmarse en la confianza de su monarca, del que ya tenía el favor, por lo aunados que marchaban en el deseo de extender los dominios de nuestro reino, por medio de empresas guerreras á las que si bien en un principio había de sacrificar inmensos capitales, era casi seguro que más tarde los reembolsaría con usura; los comienzos excedían en éxito á las más fundadas esperanzas y colmaban de entusiasmo al prever los pocos obstáculos con que habían de tropezarse, dada la ayuda que á nuestras fuerzas prestaban los naturales del país, los cuales parecían no ver en aquella invasion nada que simulara conquista sino sólo el deseo de su bienestar, que más fácil é inmediato prevenían dependiendo de España que permaneciendo como estaban, ó pasando á ser feudos del imperio alemán.

Entónces como ahora se advertía en el reino de Italia violenta repulsion para todo lo que representara sobre ellos dominio por parte de individuos de otra raza con los que no tenían afinidad ni por el idioma, ni por el carácter, ni por los usos y costumbres.

Apoderados los españoles de los puntos que hemos mencionado, las potencias aliadas habían convenido la cesion de la isla de Sicilia al Emperador; para favorecer este acuerdo se presentó en aquellas costas la escuadra inglesa, que mandaba el almirante Jorge Byng, compuesta de veinte navios de guerra, de los cuales el que menos contaba veinte cañones.

El primer paso que las tropas inglesas realizaron fué proteger el paso de tres mil alemanes, que á marchas forzadas se dirigían á reforzar la ciudadela de Mesina, por lo que las tropas españolas se vieron obligadas á replegarse hacia el Sud.

El almirante ingles, obedeciendo sin duda á las órdenes é instrucciones que traía, propuso una suspension de armas que no fué en modo alguno aceptada, por lo que la escuadra inglesa se hizo á la vela, encontrándose con la nuestra en las aguas de Siracusa. El jefe de nuestros buques, D. Antonio Castañeda, no creyó fuera hostil la presencia de los navios ingleses, pues sabía que habiéndose quejado el marqués de Ledesma al Almirante de que viniera con sus fuerzas á hostilizar á una nacion amiga, le había manifestado que en manera alguna debía ser interpretada así su accion de favorecer el paso de los tres mil alemanes que habían ido á Mesina, pues sólo era aquello un acto de proteccion á quien se acogía al pabellon de la Gran Bretaña, manifestacion capciosa y por demas contraria á la buena fe exigible en aquella situacion en que el hecho más insignificante por parte de mediadores, fueran los que fueran sus designios, podían irrogar graves y trascendentales perjuicios á cualquiera de las naciones comprometidas en aquella lucha.

Fundado en esta razon, que no dejaba campo para que fueran tenidos los ingleses como enemigos, Castañeda, en vez de retirarse á sus puestos despues de haber hecho el desembarque, lo que quizas no realizara por no estarle mandado ni por Patiño ni por Alberoni, esperó al paio á la escuadra inglesa, muy superior por sus fuerzas, y que ademas tenía sobre la nuestra la no pequeña ventaja de la práctica y pericia de sus marineros, viejos ya en el servicio, en tanto que los nuestros eran en su mayor parte reclutas, que, llevados del carácter aventurero que ha caracterizado al pueblo español en todas las épocas de nuestra historia, se habían alistado tan pronto como supieron que era aquella una expedicion guerrera que se dirigía contra los extranjeros.

Mezclados los buques cuando nos era ya imposible tomar ninguna medida preventiva y cuando del grueso de nuestra escuadra se hallaba bastante separada la flota que mandaba el marqués de Mari, comprendió el jefe de los nuestros que era imposible dejar de reñir la batalla, principiándose ésta en condiciones tales que no podía menos de sernos muy funesta.

Faltos los nuestros de la brisa, ayudaba ésta á los buques ingleses favoreciendo las maniobras, y, por otra parte, como que ambas escuadras estaban mezcladas, fuerzas superiores acometieron á cada uno de nuestros bajeles que lucharon valerosamente, pero sin resultado, pues á excepcion de cuatro navios y seis fragatas que lograron escapar, los demas fueron destruidos ó apresados por los que, disimulando venir como enemigos, supieron sorprender nuestra buena fe.

Fatalidad ha sido siempre para España la de las escuadras expedicionarias. En esta ocasion el destrozo de la que tanto trabajo y constancia había costado armar contra Sicilia fué completo, pues al día siguiente hasta la flota que mandaba el marqués de Mari fué á estrellarse contra las costas de Aosta, efecto de la borrasca.

El marqués de San Felipe, despues de describir sin pasion la batalla, dice: «Esta es la derrota de la armada española voluntariamente padecida en el golfo de Aroich, canal de Malta, donde sufrió un combate sin línea ni disposicion militar, atacando los ingleses á las naves españolas á su arbitrio, pues estaban divididas. No fué batalla sino un desarreglado combate, que redunda en ma-

yor desdoro de la conducta de los españoles. El comandante ingles dió libertad á los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Ledesma excusando aquella accion como cosa accidental y no movida de ellos sino de los españoles, que tiraron el primer cañonazo; cierto es que la escuadra de Mari disparó los primeros, cuando vió que se le echaban encima para abordarle.»

En tanto esto pasaba en Sicilia, las potencias aliadas habían anunciado á la corte de Madrid el tratado que ajustaran, dando de término tres meses á Felipe V y á Víctor Amadeo para que se adhieran á él. Las principales condiciones que el referido tratado contenía era la cesion de la isla de Sicilia al Emperador; la reversión de los ducados de Parma y Toscana al príncipe Carlos, hijo de D. Felipe V y de Isabel de Farnesio; la adjudicacion de la Cerdeña á Víctor Amadeo, en compensacion de la pérdida de Sicilia, y declaracion de que el Emperador dejaría de usar el título de rey de España que continuaba dándose.

Enterado Alberoni de las humillantes cláusulas, contestó con despecho que el Rey se hallaba dispuesto á luchar hasta arriesgar la pérdida del trono, y que su honor no le permitía suscribir lo que le rebajaba. Continuó censurando agria y duramente la conducta del duque de Orleans, regente de Francia, que consentía en coaligarse contra el rey de España, su pariente, con naciones que siempre habían sido enemigas declaradas de Francia misma, y añadió por su parte cuanto le sugeria su lastimado orgullo, cosa que en aquellas circunstancias debe halagarnos, pues por más que pudieran ser revelaciones de su individualidad para los extranjeros, que tan humillantes condiciones proponían, eran señaladas pruebas de que por nada ni por nadie España deponía su altivez.

El mismo tono y las mismas duras palabras empleó con el coronel Stanhope cuando se le presentó á hablarle de esta cuestion, y áun afirman algunos escritores que hizo más. Se refiere que mostrándole el enviado ingles la lista de los buques que formaban la escuadra inglesa, para que los comparara con la española, como notara Alberoni que lo hacia con exagerada petulancia y procurando intimidarle, se la arrebató de las manos, y haciéndola pedazos airadamente, la arrojó al suelo.

Recibió tambien la carta que fechada en las alturas de Alicante remitía al embajador ingles el almirante de la escuadra, en la que le comunicaba que había recibido orden de su Gobierno de proteger las costas de Italia, contra todos los ataques, vinieran de donde vinieran, la que devolvió al ministro británico con una nota marginal, en que decía tan sólo: «S. M. católica me manda decirlo que el caballero Byng puede ejecutar las órdenes que ha recibido del Rey su amo. Del Escorial á 15 de julio.—Alberoni.»

Confiado en el éxito que nuestras armas obtenían en Sicilia y animado con la remesa de doce millones de pesos que habían llegado de la India, continuó altivo y orgulloso el Cardenal, queriendo imponer su ley, por lo que tambien contestó con bastante dureza al enviado de Inglaterra, que llegó con ánimo de hacerle adherir á lo que impropriadamente llamaban la *cuádruple alianza*, en la suposicion de que Holanda se había unido con las tres potencias ántes coaligadas, cosa que no sucedió hasta bastante tiempo despues.

Comprendido el ardido y picado de la conducta de Inglaterra, Alberoni insistió en la continuacion de la guerra; rompió sus conferencias con el enviado ingles, formulando su *ultimatum* en ocho capítulos, que reasumidos decían: que podía sólo admitir las proposiciones de paz el monarca español, quedando por España, Sicilia y Cerdeña, satisfaciendo el Emperador con un equivalente al duque de Saboya, reconociendo que los ducados de Parma y Toscana no eran feudos del imperio, y cuando los buques de la escuadra se retiraran á sus puertos.

Esto dió lugar á nuevas y fuertes reclamaciones por parte de ambas potencias, con lo que se desvaneció toda esperanza de reconciliacion. Alberoni, en tanto, para mejor poder seguir la realizacion de sus cálculos, se esforzaba en hacer entender á Víctor Amadeo que la ocupacion del reino de Sicilia no era, como podía suponer, una conquista que España realizaba despojándole de sus dominios, sino que, todo lo contrario, era con el fin de procurarle mayores garantías y evitar que el Emperador se apoderara de aquellos estados, que España devolvería tan pronto como tuviera seguridad de que no le habían de ser arrebatados.

De esto tampoco se manifestó conforme el saboyano, pues comprendía que no podían ser francas y leales las palabras de Alberoni, por lo que se quejaba continuamente á las potencias de la falta á la cláusula del tratado de Utrecht, en que se le aseguraba la posesion de aquel estado.

De esta manera unas potencias se quejaban á las otras amargamente de las faltas que sentían, y mutuas eran las quejas y reclamaciones, culpándose todas y no queriendo ninguna ser responsable del conflicto en que Europa se hallaba.

No puede dejarse de conocer que las reclamaciones de cada una de ellas tenían algun fundamento, pero que, segun las cartas, manifestos y comunicaciones que se cruzaron, todas ellas revelaban el deseo de sacar mejor partido, no siendo de ninguna la razon.



EL MARQUÉS DE MONTELEÓN ANTE LOS ESTADOS GENERALES